

SEGOVIA

❖ Perder contra el narco, perder en las urnas; se suman derrotas al actual gobierno.

El reconocimiento del fracaso

RAFAEL SEGOVIA

Es una contestación bastante sorprendente a una política gubernativa. Había empezado en Nuevo León, en el municipio de Garza García, donde el candidato panista había anunciado con una tranquilidad absoluta sus relaciones con los narcos. Era, aseguró, la manera más segura de vivir en paz, de no tener líos con unos individuos que todo lo resuelven a tiros. Es terrible pero así es. Ahora nos enteramos de las guarderías subrogadas, también hay algunas en manos del narco: también allí habrá paz, y el plan del Presidente habrá terminado como empezó, con un sonoro fracaso.

No era de preverse, se supuso que podría imponerse, si no en toda la línea, sí de una manera discreta. Se regresaría 10 o 15 años antes, donde no se mataría de manera impune: ahora sí se podría andar por las calles.

México, la capital de este país, vive un civismo difícil de explicar. Sus habitantes sólo quieren su tranquilidad y en la medida que sea posible su seguridad. Si se distribuye droga a mansalva les tiene sin cuidado, si se asalta en las esquinas, con tal de que no les toque a ellos, bien va. Se esperaba vencer de una buena vez esa indiferencia, el cinismo dominante de la población, atrincherada en sus casas convertidas en búnkers llenos de rejas y candados, en calles de tránsito prohibido, de policías particulares. La ciudad no pertenece a quienes la fundaron ni a quienes la habitan. Hoy es un tipo de sociedad primitiva que se ha impuesto a ciencia y paciencia de unos grupos a los que se acusa todos los días pero frente a los que no se puede nada. El narcomenudeo se impone en la puerta

de los colegios. Abiertamente y lo que se considera la delincuencia organizada lleva a todas partes. Las policías son constantemente acusadas de cuanto delito se puede imaginar y se promete reformarlas y normalizarlas, sin que se den unos movimientos sino para llegar a fines precisos y creíbles. Por lo pronto somos la ciudad del miedo, señalado constantemente ese miedo por un gobierno encerrado en Los Pinos, de donde no se atreve a salir. Últimamente hemos visto asesinatos que se han distinguido por sus víctimas. Como todos, al cabo de unas semanas serán olvidados. Los evadidos de la cárcel de Zacatecas no sólo deben haber recuperado una vida normal sino que se paseen por tan hermoso lugar como si no hubieran estado

nunca detenidos e incluso condenados. Y el gobierno, como si no los hubiera detenido y condenado. Si son federales o si son estatales es lo de menos, se sospecha que en los dos casos el delito quedará sin castigar y Zacatecas seguirá viviendo la santa paz que le consigue el procurador del estado o el federal, que se turnan en la ocupación de acusarse mutuamente. Como el señor Karam tienen una multiplicación de papeles que los exoneran en el caso de la guardería ABC.

La prensa de estos días no quita el dedo del renglón: llegó la hora de revisar la guerra contra el narco, por lo menos la estrategia seguida por el gobierno. No es posible seguir la matanza en que está involucrado, que no tiene un fin previsible. Todo ha sido utilizado, los policías, el Ejército, todo el gobierno, van miles de muertos, lo que hasta ahora no había ocurrido y tal cosa parece no alterar al Presidente:

se mueren ¿y qué? Si miramos la política actual, nos hallamos con una frialdad total, ante los caídos no por una causa cualquiera, sino por una con un principio pero sin un fin previsible. El público mexicano ha soportado todo: la pérdida del trabajo, la inflación, el fracaso de la educación, hasta perder los partidos de fútbol ante equipos centroamericanos mientras el Presidente se presentaba con la camiseta nacional, tener la peor televisión imaginable. Ahora tenemos una ristra de crímenes como no se puede soportar, sobre todo por el nombre con que se pasa lista a los triunfadores de una guerra perdida. Reconocer que no se ha podido ganar no es deshonoroso, empeñarse en seguir adelante cuando son otros quienes van a pagar las consecuencias más de una vez con la vida es intolerable. Y en éstas estamos. Como estuvimos hace unos días, cuando el terrorismo se lanzó con todo lo que tenía a mano. Se busca a un culpable, por lo menos a un responsable, a alguien que quiera asumir los costos de una guerra que se inició sin tener la seguridad de por lo menos reducir el narco a su madriguera. No, se lanzó con el convencimiento de que la victoria estaba al alcance de la mano. El hombre medio, el votante sin una calificación especial fue a las urnas a decir su verdad, a decir su hartazgo de declaraciones triunfales, a esperar que le tomaran en cuenta y no se le pidieran sacrificios constantes y cada vez más costosos. A Martínez le costó el cargo como todos lo sabemos. Pero no sólo el cargo, le costó la carrera política, tenerse que ir fuera de México a rumiar torpezas que no son sólo suyas sino de una colección de amateurs políticos, incapaces de mirar la realidad enfrente.

